

Hacia un universo distópico: los residuos de la posmodernidad en *La infancia del mundo*

Stephanie Trasante Méndez
(Instituto de Profesores Artigas, Uruguay)¹

Resumen: En el presente artículo se analizará la novela del argentino Michel Nieva, *La infancia del mundo* (2023), desde la perspectiva crítica de la narrativa cyberpunk, en su representación del mundo actual a través de un universo distópico. Para ello, se analizará dicha novela con un enfoque crítico, que apunta a las sociedades capitalistas posmodernas y pospandémicas, y a su incidencia en la conformación de sociedades residuales. Asimismo, se analizará lo que esconde el relato hegemónico posthumanista acerca de la tecnología como salvadora de la humanidad. Para el análisis de esta novela y de sus personajes se emplean además las teorías de las epistemologías del sur, vinculadas a la figura del monstruo y la realidad virtual.

Palabras clave: Distopía, Cyberpunk, Residuos humanos, Monstruo, Periferia.

Abstract: This article will analyze the novel by Argentine Michel Nieva, *The Childhood of the World* (2023), from the critical perspective of cyberpunk narrative, in its representation of the current world through a dystopian universe. To do this, this novel will be analyzed with a critical approach, which points to postmodern and post-pandemic capitalist societies, and their impact on the formation of residual societies. Likewise, what the hegemonic posthumanist story hides about technology as the savior of humanity will be analyzed. For the analysis of this novel and its characters, the theories of southern epistemologies are also used, linked to the figure of the monster and virtual reality.

Keywords: Dystopia, Cyberpunk, Human waste, Monster, Periphery.

Recibido: 10 de noviembre del 2013. *Aceptado:* 9 de febrero.

El Caribe Pampeano, una visión cyberpunk

A partir del concepto de distopía como un mundo futuro, alienado e indeseable, en el cual la humanidad se encuentra inmersa, en *La infancia del mundo* se plantea

1. Estudiante avanzada del profesorado de Literatura en el Instituto de Profesores Artigas, Uruguay.

un universo distópico que da cuenta de la realidad actual del mundo, desde una mirada latinoamericana. Michel Nieva ofrece en esta novela una interesante visión desde la narrativa cyberpunk del mundo contemporáneo y el futuro lejano (o no tanto). El cyberpunk, según explica Esmeralda Ramírez, surgió como un movimiento artístico-cultural en la década de los 80' en Estados Unidos, principalmente en la literatura y en el cine. Explica que es una literatura híbrida que en principio toma aspectos de la ciencia ficción, pero luego se distancia, y nos ubica frente a una gama de temáticas que giran en torno a la reflexión filosófica acerca de la tecnología y el ciberespacio, como una nueva preocupación. La visión sobre la tecnología, su impacto en la vida cotidiana, y la noción de un destino apocalíptico, impulsaron la perspectiva crítica de la literatura cyberpunk sobre los hábitos de una sociedad tecnificada y clasificada, ensimismada en un ambiente de pobreza y violencia. Asimismo, esta literatura pone foco sobre la cultura del ciberespacio, que poco a poco se introdujo en la sociedad mediante los constantes avances tecnológicos ligados al capitalismo y a su consecuente incremento económico (131-132).

En esta novela distópica se narra una historia que tiene lugar en la provincia de Victorica, ubicada en la Pampa argentina recreada en el año 2272, posterior al derretimiento de los polos en el año 2197. Suceso que constituyó una catástrofe climática sin precedentes, que exterminó la mayor parte del planeta, y los pocos lugares que sobrevivieron se transformaron por completo: “Al ser el promedio terrestre 90° C y los máximos de hasta 200° C, se calcula, que en algunas regiones, como California o Medio Oriente, a temperatura ambiente un pavo demora cerca de veinte minutos en rostizarse y un huevo menos de un minuto en freírse” (Nievas, 79).

Provincia de Victorica: vertedero de residuos humanos indisciplinados

La acción narrativa se desarrolla en el Caribe Pampeano sobre el Canal Interoceánico, que forma a su vez parte del Caribe Antártico, uno de los únicos lugares habitables del planeta. Es interesante el corrimiento de la centralidad del poder que hace el autor, desde la geografía europea y anglosajona hacia la periferia, en este caso la Pampa argentina. Se puede observar un desplazamiento del centro económico, que responde a la catástrofe climática dada luego del derretimiento de los polos. “Sus aguas azules y todavía tibias despiertan la admiración de los más exigentes turistas [...]. Grandes y vibrantes ciudades que ofrecen una oferta cultural amplísima con teatros, bares, espectáculos de tango y casino” (Nievas, 79).

Asimismo, una zona del Caribe Pampeano es más confortable, ya que cuenta con playas y un clima que invita a vacacionar (por lo menos a los que poseen recursos económicos), y en la otra zona se ubica la provincia de Victorica, donde se acumulan los

desechos de las grandes empresas que contaminan sus playas dotando a las aguas de una extravagante gama de colores verdosos y aromas putrefactos. En esta segunda zona están establecidas las personas de la clase trabajadora, entre ellas, el niño dengue, uno de los personajes de la novela, su madre y el Dulce, otro de los personajes, “un miserable aguatero de plástico y escombros en el que se incubaba todo tipo de aberraciones” (Nievas, 22). En términos de Bauman, estos personajes conforman los “residuos humanos” (102) de esa sociedad. Aunque Bauman desarrolla este concepto en primera instancia haciendo referencia a los refugiados de los contextos bélicos, como individuos estigmatizados por la sociedad. Estos son mantenidos a distancia por ser considerados con un menor grado de humanidad, constituyéndose de esa forma una deshumanización moral y física de estas personas, luego extiende dicho concepto a la situación de marginalidad y alienación a la cual son sometidos otros grupos sociales (104).

En consecuencia, el concepto de residuos humanos puede ser aplicado a los personajes, antes mencionados de esta novela, como víctimas de esa alienación. Trasladados a un contexto en el que las personas de bajos recursos se han visto obligadas a refugiarse en la provincia de Victorica, una zona de exclusión, son vertidos los desechos de la zona habitada por personas que poseen riquezas económicas, quienes, según Bauman, corresponden al sector de la sociedad que considera que posee un mayor grado de humanidad. Explica, además, que desde el lugar en el que estas personas son ubicadas, “el vertedero” (104), no existe un retorno o un camino de salida hacia la prosperidad. Estos residuos humanos constituyen un problema de descomposición social para la sociedad hegemónica, por esa razón se los mantiene a distancia, sumergidos en el olvido y amontonados en un mismo vertedero (103-104). Bauman agrega que estos vertederos o guetos urbanos son instituciones que datan de largo tiempo en la historia y responden a los propósitos de una “estratificación compuesta” y de “privación múltiple”.

Los residuos humanos desechados en la provincia de Victorica junto a las pestilentes aguas tóxicas, que también son vertidas allí, conforman una problemática para la sociedad hegemónica residente en las paradisíacas islas turísticas del Caribe Antártico y son considerados una amenaza, una aberración, un monstruo. Si Victorica es un campo fértil para todo tipo de aberraciones, es precisamente en este lugar donde surge el personaje del niño dengue, que luego se convierte en la niña dengue, en la mami dengue y finalmente en la nada dengue. Una especie de mosquito-humanoide-niño gigante, que vive junto a su madre, una mujer trabajadora y de origen humilde. El niño dengue concurre a una escuela donde es víctima de *bullying* constantemente por parte de sus compañeros de clase y durante las vacaciones en una colonia, entre los que se encuentra el personaje llamado el Dulce. “Nadie quería al niño dengue. No sé si por su largo pico, o por el zumbido constante, insoportable, que producía el roce de sus alas y desconcentraba al resto

de la clase [...] Che, niño dengue, ¿es cierto que a tu mamá la violó un mosquito? Eu, bicho, ¿qué se siente ser hijo de la chele podrida de un insecto?” (Nievas, 16)

Este último, a simple vista, es una especie de delincuente juvenil que, envuelto en la inocencia de un niño, es contenedor de la más brutal crueldad, pero que, a su vez, también se encuentra en el “vertedero” y es víctima de maltrato, abuso familiar y de explotación laboral infantil. Estos personajes forman parte de los residuos humanos, amontonados en la provincia de Victorica.

El Dulce forma parte del negocio familiar de contrabando como “pasero”, se puede observar una analogía con lo que Bauman plantea sobre la situación de los inmigrantes que llegados a Francia conformaban los “quartiers” (barrios de bajos recursos, dentro de los suburbios), y que eran considerados como un cúmulo de delincuencia, prostitución y mendicidad. Frente a ello, el Estado tomó una postura represiva y llevó a cabo severas medidas, que eran parte de una campaña contra la delincuencia y cuyo brazo ejecutor caía con indolente dureza sobre estos residuos humanos (111). Este personaje y su familia representan ese cúmulo de delincuencia, que se creía conformaban los “quartiers” franceses en otra época.

El Dulce rápidamente aprendió los gajes del negocio. Era el primero en llegar el sábado por la mañana al hediondo riachuelo donde descargaban. Se escupía los dedos uno por uno [...] mientras guiñaba el ojo y se prendía a una caja que pesaba dos o tres veces más que él. Un trabajador infantil ejemplar porque no importaba el tamaño o el peso, el Dulce levantaba con el mismo ahínco todos los paquetes, sin descanso, de comienzo a fin. (Nievas, 30)

En esta ubicación espacial del vertedero, claramente se puede observar una desregulación de las condiciones laborales y un deterioro de la protección social. Consecuentemente, según plantea Bauman, esto da paso a que las personas que previamente promovían una lucha por la libertad frente al capitalismo avasallante, son las que promueven, en estas situaciones, la intervención del Estado ante estos residuos humanos que distorsionan la sociedad. Se pasa así de la idea del reciclaje de los residuos (rehabilitados, o ser insertos socialmente) a la idea de destrucción de los residuos humanos. De esa forma, el Estado social se transforma en lo que Bauman, según el término de Henry Giroux, menciona como “Estado de guarnición”. Un Estado que otorga cada vez más protección a las corporaciones transnacionales globales y a sus intereses económicos. Esto explica la constante criminalización de la problemática social, como sucede con el Dulce y su familia (111-113).

El negocio familiar de contrabando, liderado por el hermano del Dulce a través del Canal Interoceánico de La Pampa, se basa en el pasaje ilegal de contenedores de grandes empresas que eluden las altas tarifas aduaneras y contratan a estos grupos contra-

bandistas denominados “paseros”. Estos se encargan de pasar la mercadería y luego de reetiquetarla. De esa forma, estas grandes empresas evitan el pago de impuestos al exportarla. El Estado se focaliza claramente en los núcleos de delincuencia concentrados en los vertederos de residuos humanos, pero deja de lado la corrupción de las grandes empresas que promueven estos núcleos de delincuencia y los sustentan económicamente, a la vez que los reproduce. Estas empresas, que se adueñan de la necesidad de las personas y las mantienen en un espiral de marginalidad, reproducen la relación de subalternidad subyacente bajo los intereses económicos; asuntos que paradójica o intencionalmente pasan inadvertidos del gran foco del Estado. De esta forma, el Estado también forma parte de este espiral de ilegalidad; al desviar la mirada del núcleo central del problema, tiende al resguardo de los intereses de estas empresas, y también queda posicionado en un lugar de subalternidad frente a estas, que mantienen sobre él un dominio económico.

Una subalternidad que no solo es silenciada en términos de dependencia económica, sino que el silencio es convertido a su vez en una de las más preciadas cualidades, y que además se paga muy bien. Esto no es nuevo en la relación de superior- subalterno, ya que, para que esta relación de subalternidad se perpetúe, el silencio es indispensable y necesario. El subalterno no puede ni debe tener voz, no puede ni debe cuestionar a la autoridad, no puede ni debe cuestionarse a sí mismo. Esto, claramente, forma parte de un sistema disciplinario, en el cual tiene lugar, lo que en términos de Michel Foucault se denomina como “castigo disciplinario”. Mediante correctivos, el “castigo disciplinario” tiene por función corregir las posibles desviaciones (184). Si se piensa en la falta de las principales cualidades que debe tener el subalterno (silencio y discreción), como posibles desviaciones en el oficio de pasero, en el que se desempeña con total e interesada devoción el Dulce, el silencio y la discreción son vitales, mantenidos por una apenas percibida disciplina; “había una regla de oro con las cajas. Pese a que estas emitieran unos bufidos escalofriantes, temblaran, olieran raro o pesaran una barbaridad, el hermano siempre le advertía: Nunca se pregunta qué hay adentro. Ser discreto, en efecto era la cualidad más valorada en el buen pasero” (Nievas, 31).

En este sentido, Foucault explica que el castigo disciplinario está compuesto de un sistema dual de gratificación-sanción y en su búsqueda de encauzar la conducta de los individuos resulta más eficaz la utilización de las recompensas que la de los castigos. Esto se puede apreciar en el caso del personaje del Dulce, en su rol de empleado del negocio familiar. Un negocio que responde a la mercantilización de las grandes empresas, que funcionan en una red de ilegalidad, como una especie de “ejército pirata”. Es así que, para estas empresas, es necesario mantener bajo control a cada individuo que forma parte de dicha red y para ello es necesaria la disciplina, entendida según Foucault, “como los métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garanti-

zan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad” (141). De esa forma, el Dulce, inmerso en la explotación infantil, trabaja arduamente sin cuestionarse para ganar su tan preciada recompensa: la “Pampatronics”, una consola a través de la cual se reproduce el videojuego *Indios vs. Cristianos*; “Con disciplina incondicional, puteaba si veía alguno medio resacoso o haciéndose el distraído. No cabían dudas: ser pasero era para él un sueño hecho realidad, ya que le permitía no solo [...] sentir la atención y el respeto de su hermano mayor, sino que además lo atizaba con la esperanza de obtener la tan deseada Pampatronics” (Nievas, 30-31).

Por otra parte, y en términos de Bauman, se podría asociar la búsqueda de los castigos disciplinarios de encauzar la conducta de los individuos a la intención de rehabilitar o reeducar. Asimismo, si se piensa esta rehabilitación respecto a los residuos humanos como forma de reciclaje, que luego se transforma en la intención de destruir estos residuos, corresponde a la degradación y exclusión que promueven los castigos disciplinarios según plantea Foucault. Los castigos disciplinarios, explica, puestos en funcionamiento, otorgan resultados que el aparato disciplinario jerarquiza en buenas o malas a las personas, puestos unos en relación a los otros. De esa forma, los diferencia y otorga un valor, y de acuerdo a eso los distribuye, (el Dulce-malo-Victorica- Pampatone), y los recompensa o los castiga. Un castigo que para Foucault consiste en la degradación y el retroceso; es decir, el arte de castigar consistente en la comparación, diferenciación, jerarquización, homogeneización y exclusión (188). En la novela existe una correspondencia con la categorización, valorización y distribución de los personajes del Dulce, recompensado por una falsificación barata: la Pampatone y René (hija de Noah Nuclopio, presidente de las multinacionales), provista de la última versión de la Pampatronics –la consola auténtica–. La distribución de las zonas en las que viven, entre otras cosas, reflejan esta diferenciación y valorización de los individuos, cada uno de ellos en su lugar de la sociedad siguen y se enmarcan en una conducta encauzada en líneas disciplinarias. Foucault alude que la formación de las sociedades disciplinarias responde a determinados procesos históricos que engloban cuestiones políticas, económicas y científicas, entre otras. Asimismo, es importante tener en cuenta que, en términos generales, las disciplinas son “técnicas que garantizan la ordenación de las multiplicidades humanas” (Foucault, 221).

Creación de las virofinanzas: monstruo/cyborg/el niño dengue

Mabel Moraña realiza un estudio del sentido de lo monstruoso en las zonas periféricas del mundo sobre las cuales se posicionó una mirada externa que las conformó como sitios donde tenía lugar lo anómalo y lo monstruoso. Esta mirada exterior, con el paso del tiempo, fue internalizada por las naciones de Latinoamérica y África, y poco a poco fue reproduciéndose por los grupos dominantes sobre sectores de la sociedad sub-

alternizados dentro de esta (13). Sobre estos sectores, se posiciona una mirada que los “monstrifica”, y los clasifica como “espacios residuales”. Moraña se centra en la mirada sobre el monstruo que perturba el *statu quo*, un monstruo que, según explica, colabora en la creación de ilusiones y por ello perturba los márgenes de la sociedad capitalista (24). Eso *otro* genera que la mirada externa esté atenta porque representa una amenaza. Resulta válido cuestionarse ¿por qué lo otro despierta esa mirada? ¿Qué es lo que conforma una amenaza? ¿Una amenaza para quién? Para intentar dar una posible respuesta, se partirá de la definición elaborada por Moraña sobre el monstruo:

El monstruo es siempre una (id)entidad nueva, pero a la vez constante: la incansable renovación del mensaje del Otro que se desliza por dominios simbólicos cercanos a nosotros para ser descubierto, encubierto, recubierto una vez más, que golpea a la puerta del gabinete, mientras la racionalidad lo observa por la mirilla y pasa, desde adentro del sistema, otra vuelta de llave. (25)

Resulta clara la intención de la sociedad que observa al otro, y que pone un foco sobre quien irrumpe en ella, con esa nueva “(id)entidad”, y le genera miedo. Un miedo alimentado por la posibilidad de cambiar o romper una estructura ya sedimentada, y que sirve a la perpetuación de los propios intereses del sistema. Por ese motivo, resulta necesario para la perpetuación del sistema de poder que ese otro, ese monstruo, sea mantenido a distancia, en el vertedero de los residuos humanos. Moraña evoca que el monstruo es portador de la voz de las tradiciones, leyendas y creencias que lo mantienen con vida. Asimismo, la figura del monstruo no solo ha sido tomada por la tradición popular, sino que también ha sido utilizada por los discursos del poder, ha servido para la exclusión social de determinados sujetos. Mediante lo monstruoso se deshumaniza lo que no se conoce o lo que no es conveniente que se conozca para los sectores de poder de la sociedad. Agrega que esta figura está intrínsecamente vinculada al control de los conocimientos de la sociedad (26-27). Al igual que el panóptico descrito por Foucault, se da la mirada de la vigilancia puesta sobre el monstruo al que se mantiene encerrado en el vertedero como un residuo humano; en este sentido, se podría decir que los residuos humanos son las monstruosidades que a lo largo de la historia se han intentado mantener en estos lugares de relegación social como residuos monstruosos.

Como se ha mencionado anteriormente, el personaje del niño dengue constituye uno de estos residuos humanos monstruosos vertidos en la provincia de Victorica, junto a otros como El Dulce. El niño dengue, una especie de mutación genética, vive en un contexto de pobreza con su madre que trabaja todo el día en la localidad de Santa Rosa como niñera y limpiadora de una familia rica. Este personaje se encuentra inmerso por su condición monstruosa en la soledad, la tristeza, y es blanco de la más cruel alienación, inclusive desde su propia mirada. Él mismo recrea el pensamiento de su madre, con una carga extremadamente negativa, y todo el tiempo alude a lo que su madre piensa sobre

él: “Este es un monstruo que habrá que alimentar y cargar hasta la tumba. Un extravió de la genética, cruce enfermo de humano e insecto que, frente a la mirada asqueada de propios y ajenos, sólo producirá vergüenza, pero nunca, jamás de los jamases, dará ni un logro, ni una satisfacción a la madre” (Nievas, 16-17).

Por otra parte, es importante resaltar el inicio abrupto mediante el cual se introduce este personaje en la novela, “Nadie quería al niño dengue” (Nievas, 15). Este inicio es análogo a su abrupto y desconocido origen, ya que, no es sino hasta muy avanzada la narración que este se revela. Su origen va a estar vinculado al origen de la destrucción del mundo y de la sociedad marginada por un sistema que opera de forma solapada para incrementar sus ganancias económicas. “Corrían muchos rumores sobre su origen [...] que el insecto gigante habría violado y contagiado al padre, quien, a su vez, al eyacular adentro de la madre, habría engendrado a ese ser inadaptado y siniestro y que, al verlo recién nacido, los abandonó a ambos, desapareciendo para siempre” (Nievas, 15-16).

A lo largo de la novela, este personaje atraviesa un proceso de transformación que culmina con la exaltación de lo monstruoso, sale del vertedero y se rebela contra el sistema que lo mantuvo en ese cúmulo de aguas rancias, podredumbre y fermentación generada por el mismo sistema de poder y los sectores que lo conforman. Siguiendo la línea de Foucault, Judith Butler, en su teoría de la formación del sujeto, expone que es posible afirmar que este está producido por normas y señala la importancia de recordar que las normas suelen estar entrelazadas en grupo y además poseen una dimensión espacial y temporal inseparable de lo que son. Agrega que las normas nos preceden y circulan en el mundo, y cuando llegan dejan sus marcas y condicionan (15-18). “Era en esa hora de desvelo y de luz vaga cuando el niño dengue volvía a la pieza y, al mirarse al espejo, se encogía de espanto” (Nievas, 18).

Agrega que, previo a la conformación del sujeto, existen normas, convenciones y formas de poder que se encuentran en funcionamiento, previamente al sujeto que se piensa a sí mismo. Más allá de que el sujeto esté siendo formado, la propia actividad formadora del “yo” es parte del proceso formativo que se lleva a cabo; por esa razón, el sujeto nunca está formado del todo. De esa forma, se ve afectado por los otros y por un mundo constituido de personas, instituciones y procesos orgánicos e inorgánicos que se imprimen en él. Esto predispone la explotación de ese sujeto, que es arrojado a un mundo de infraestructuras para sobrevivir, y su dependencia es lo que abre camino a la explotación. A partir de esto, afirma que es posible romper con las normas que nos conforman, pero con la introducción de otras normas. En este sentido, las rupturas que se generan suponen dudar del “yo”, al separarlo de las otras normas, a través de las que el “yo” se conformó, produciéndose una total desorientación. Desde estas rupturas, surge el cuestionamiento de si el “yo” puede sobrevivir. Es decir, que, desde el origen, el sujeto

es formado, pero a su vez es una formación inacabada porque está en constante aprendizaje a través de sus experiencias (19, 23). Esto explica el proceso que el niño dengue va transitando a lo largo de toda la novela. “Arrastrado por el vértigo de esta nueva e incontenible necesidad, una brusca revelación cruzó las peludas antenas del niño dengue, de forma más clara y lúcida que nunca pese a la indistinta vocinglería que lo envolvía. El niño dengue, no sin cierta incongruencia, razonó: no soy un niño, sino una niña. La niña dengue” (Nievas, 26).

Moraña expone que el monstruo se puede entender como la encarnación del “ser social” (28), en la misma línea de Foucault, el poder, la resistencia, el conocimiento y el discurso conforman redes de saber y de socialización que inciden sobre la “producción de identidades”. De ese modo, se crean modelos de género, sexualidad y raza, entre otros, que a su vez hacen referencia a imaginarios mediante los que se expresan las diferentes conciencias sociales (28). “Su reflejo, en suma, le confirmaba lo que siempre supo: que su cuerpo era una inmundicia. Amasando esta certeza terrible, el niño dengue se preguntaba si, además de ser un repugnante monstruo, un día no se volvería también una amenaza mortal” (Nievas, 19).

De acuerdo a la terminología de Moraña, el niño dengue es un monstruo, porque está dotado de la ambigüedad que trasciende las diversas visiones que se han tenido sobre la monstruosidad; el niño dengue engloba todas ellas y más. Desde la cuestión de identidad/otredad, a la diferencia de género, su raza/especie; por su vinculación a la sociedad consumista, siendo la creación de las grandes corporaciones, como la (AIS) Ascension Industries and Solutions, una empresa multinacional británica de geoingeniería, dueña además, de la (IFS) Influenza Financial Services; ligada a su vez, a las transformaciones y avances tecnológicos. Este monstruo se transforma y transgrede las normas, sale del vertedero en el que estaba inmerso entre otros residuos humanos y busca ser visto, desea emanciparse, representa la redención de los residuos humanos. El niño dengue/residuo-monstruo quiere venganza. En Santa Rosa, ahora como la niña dengue, es percibida por los ojos despectivos de los turistas adinerados, que disfrutaban sus vacaciones en la paradisíaca isla, como representantes de la sociedad capitalista del poder.

¡Parásitos monstruosos y vampíricos, que viven del sistema sanguíneo ajeno! Por más que los revientes a chancletazos no mueren, y hay que rematarlos de un tiro en la cabeza. Y encima, después, el enchastre que dejan: un pantano fétido de sangre barrosa y maloliente. Que es la cruz putrefacta de cientos de litros de sangre mestiza de quien sabe cuanta gente. (Nievas, 120)

El niño dengue constituye un personaje divergente que a lo largo de la novela va transformando su corporeidad, su psique y su conducta. Es el producto de las investigaciones clandestinas de la empresa multinacional antes mencionada, que realiza experimentos para la creación de nuevas cepas de virus que generen el caos y la psicosis en

la población más acomodada, en su búsqueda de lucrar, a través de la venta de vacunas creadas por sus propios laboratorios. Asimismo, se hace cargo de la venta de productos relacionados a la situación de emergencia sanitaria y de la elaboración de ecosistemas habitables, hechos a la medida de las personas ricas que así lo desearan. Parece una historia conocida, en el marco de una sociedad pospándemica y de la emergencia sanitaria decretada por los estados como consecuencia de la expansión del virus COVID-19, hace pocos años atrás.

En *Defender la sociedad*, Foucault parte de los criterios generales del poder disciplinario, y define como biopoder aquel que es aplicado de forma global a la población y a la vida en general (245). Una forma de ejercicio de poder sobre el hombre como ser viviente, la estatización de lo biológico, lo que para Foucault se sustenta de la teoría clásica de la soberanía, en la cual se expone, en términos muy generales, que el soberano es quien otorga el derecho de vida o muerte al súbdito en su calidad neutral (217-218). El biopoder, explica Foucault, fue llevado a cabo en primer lugar mediante el control de los datos estadísticos concernientes a los nacimientos y las defunciones, luego de las enfermedades, la medicina, y finalmente el hombre como especie y su medio. La disciplina pasa de estar enfocada en el cuerpo a estarlo en la población y los fenómenos que la rodean, además de asegurar su regularización mediante la tecnología del biopoder, consistente en “hacer vivir y dejar morir”. Alude al exceso de este biopoder sobre el derecho soberano, cuando no solo se puede disponer de la vida, sino de extenderla, de elaborar seres vivos, monstruos, virus que se vuelven, por naturaleza, incontrolables y destructores. El biopoder desborda así toda soberanía humana (229-230). De la misma forma, en la novela se explica el proceso de recreación de los ecosistemas ya extintos de la Tierra. “Así, en dos décadas, emularon un proceso climático que hubiera demorado millones de años, y transformaron aquella isla volcánica y muerta, Ascensión, en una húmeda y floreciente selva que perduró durante siglos” (Nievas, 81).

En honor a esa isla es que toma su nombre una de las multinacionales de la novela: AIS, especializada en la geoingeniería planetaria, capaz de transformar a través de su avanzada tecnología al más inerte desierto en un paraíso de recursos vivientes. Donna Haraway presenta un epígrafe que hace alusión a lo expresado en el año 1894 por el Ingeniero humano Frank Parsons: “La vida puede ser moldeada bajo cualquier forma concebible. Dime los detalles que desees para un perro o para un hombre...y si me cedes el control del medio en que se mueven y tiempo suficiente, vestiré tus sueños con carne y hueso” (71). A partir de eso, afirma que la ciencia está abocada al conocimiento y consecuentemente al poder, define el lugar que ocupa el ser humano en la naturaleza y se ocupa de crear lo instrumental para la dominación del cuerpo y la sociedad. Haraway pone su mirada sobre las diversas áreas de las ciencias biológicas que mediante la cons-

trucción de teorías acerca del cuerpo y la comunidad, en función del mercado capitalista y patriarcal, toman parte de la reproducción de las relaciones sociales capitalistas. En este sentido, explica que la biología pasó de centrarse en el estudio de la funcionalidad del organismo, al estudio de máquinas tecnológicas automatizadas como sistemas cibernéticos. Este cambio responde al progreso en la tecnología del poder, sobre todo, en una dinámica puramente de reproducción capitalista. Máquina y mercado como ideas centrales en las ciencias biológicas. En la línea de la biopolítica de Foucault, Haraway plantea que la finalidad social de esta nueva biología consistía en el “control estadístico” de la sociedad a través de complejos sistemas de comunicación (75, 78).

Todo esto se refleja en *La infancia del mundo* con el dengue mutante, mediante la propagación de un terrible virus que obliga a las personas adineradas a pagar incalculables cantidades de dinero para resguardarse en los ecosistemas creados y construidos a su gusto y comodidad. Bajo el argumento del personaje Noah Nuclopio, (presidente de la empresa AIS) –con un tono irónico que agrega el narrador–, expresa que el capitalismo es capaz de reconstruir el mundo que en gran parte destruyó. Esta novela da cuenta de la cotidianidad de este asunto, las personas que tienen acceso a esta tecnología son las que pueden pagar por ella. Desnuda un relato hegemónico basado en la omnipotencia de la tecnología y su capacidad de salvar a la humanidad, sin embargo, esta tecnología tiene un precio, un acceso prohibitivo. El resto de la población, que no puede pagar por ella, queda inmersa en el terror pandémico, la enfermedad y la muerte; son bajas que no interesan, que no aportan al capitalismo, y en consecuencia se invisibilizan. Son los residuos humanos que se ubican en los vertederos, que como todo desecho se descompone entre la podredumbre de una sociedad posmoderna. Esto responde a las características de la modernidad líquida que plantea Bauman, una sociedad de excesos, de superfluidad, del residuo y la destrucción de estos (126). Asimismo, existe una interrelación con las posturas posthumanistas que, de acuerdo al análisis realizado por Lucía De Leone, poseen “*actitudes celebratorias*” respecto a un futuro que promete ser mejor al presente, fundado en la capacidad de planificar el acaecer de las especies y extender la existencia (208). Dentro de estas posturas, según explica Rosi Braidotti, se encuentran los *science and technologies studies* y su teoría posthumana, de la cual surge el concepto de “panhumanidad” (45), en referencia a un mundo que se encuentra mediado por la tecnología. El término denota la interconexión de las personas entre sí, y de estas con el medio ambiente. Estas interconexiones están dadas además con el medio socio-político que entreteje una red de interdependencias. Braidotti problematiza la panhumanidad ya que las interconexiones que genera producen efectos negativos al promover un sentimiento de vulnerabilidad que conlleva al miedo proveniente de la idea del cataclismo. Asimismo, fomenta un crecimiento en el concepto de la diferenciación del otro (45).

En este sentido, resulta pertinente el planteo de Haraway respecto a la creación de los cyborgs y su definición, como un organismo cibernético, una hibridez entre máquina y organismo, una criatura que pertenece a la realidad social y a la ficción (253). Y agrega que los cyborgs son los hijos ilegítimos del capitalismo, del militarismo y del socialismo de estado (256). Los hijos abandonados, utilizados para cubrir sus más repugnantes necesidades para luego ser desechados. Formados, como el niño dengue, para saciar los intereses capitalistas de AIS y, de esa forma, mantenerse en la cúspide del poder de las virofinanzas. El niño-niña-mami-nada dengue, el residuo humano-monstruo-cyborg, hijo bastardo desechado, un personaje que concentra a lo largo de su proceso de transformación y durante toda la novela, a toda la población del vertedero; a su madre, que lo-la crió sola trabajando hasta el cansancio para ganar un mísero sueldo que le permitiera cubrir las necesidades básicas de su hijo mutante y las suyas, víctima de discriminación, de explotación laboral y de maltrato por parte de sus empleadores (Noah Nuclopio). También al Dulce, un niño marginado, inmerso en un contexto de violencia, pobreza y delincuencia, que es explotado por su propia familia, que a su vez es explotada por las grandes multinacionales. El niño dengue representa a todas estas voces que durante mucho tiempo fueron silenciadas, pisoteadas y enterradas. La memoria de voces emerge y gana interioridad en este personaje, que como un contenedor de ira por explotar se dirige a Santa Rosa para ser visto, para ser escuchado. El niño dengue descubre la verdad sobre su cruel origen, desorientado, descarga la ira más brutal contra su progenitor: el sistema capitalista.

Y entonces AIS-Influenza Financial Services-YPF, en una jugada maestra, había implantado en cientos de úteros del Caribe Pampeano las larvillas infectas de una nueva y compleja mutación del dengue, de la cual sólo ellos poseían la fórmula de la vacuna que lo prevendría y del cóctel de fármacos que lo habrían de curar. Y cuando sacaran esa información a la luz [...] sus acciones liderarían de manera monopólica e indiscutida el rubro de las virofinanzas. (Nievas, 144)

Una mirada desde la periferia

En *La infancia del mundo* se propone una mirada diferente, descentrada y desde la periferia. A partir del derretimiento de los polos, el centro del poder debió modificar su posicionamiento hacia la periferia, y se ubicó en La Pampa, Argentina. Enrique Dussel plantea que la cultura local se corre de la posición eurocéntrica, y se fundamenta en un racionalismo decolonial; de esa forma, amplía su visión hacia el resto del mundo. Alude a la necesidad de una mirada no-eurocéntrica de la historia y agrega que América Latina forma parte de la periferia del mundo desde la invasión colonialista europea, y desde ese entonces ha sido blanco de explotación y destrucción de su cultura e historia autóctonas.

Desde la Modernidad ha sido dominada por un sistema-mundo moderno capitalista y, luego, bajo la forma de la globalización de un capitalismo transnacional que perpetúa el sometimiento de las culturas postcoloniales (278). En la novela se puede observar que, mediante la creación de enfermedades y de la proliferación de las virofinanzas, el capitalismo actúa como un medio en sí mismo que se reproduce constantemente. Dussel expone que en la actualidad se encuentra en vigencia un “Poder económico mundial” que opera a través de las grandes empresas transnacionales, que conforman el mercado internacional y son dirigidas por tecnócratas burócratas que utilizan la globalización a favor de sus intereses económicos, aprovechándose de las diferencias de desarrollo de los Estados e incrementando las ganancias de dichas corporaciones (335). De la misma forma, ocurre con el personaje de Noah Nuclopio y sus empresas transnacionales.

En este sentido, la figura del mosquito resulta ser una imagen sumamente potente como especie succionadora de sangre. Inclusive, hacia el final de la novela, aparece el *YPF Mosquitero*, una máquina con forma de mosquito, de dimensiones gigantescas, utilizada para la extracción de fósiles y metales raros del centro de la Tierra, entre ellos, unas piedritas telepáticas que poseen raros poderes relacionados con el origen del mundo. Resulta interesante el planteo crítico realizado claramente desde una perspectiva descolonialista. Este mosquito-máquina gigante, como la representación de la Modernidad y de un Imperio que se apodera violenta e ilegítimamente de la tierra que habitan otros y la explota de forma indiscriminada para sacar provecho propio y sustentarse a sí mismo. Una entidad que se perpetúa a través de un sistema capitalista llevado a cabo por las grandes corporaciones de las virofinanzas. Asimismo, resulta interesante pensar acerca de que esta máquina está rodeada de máxima seguridad, brindada por las instituciones del Estado, que custodian celosamente este organismo necrótico, que necesita succionar la vida de otros organismos para subsistir y reproducirse. Esta figura del mosquito máquina se extiende al niño dengue, que desconociendo su origen y la finalidad para la que fue creado (aumentar las ganancias de AIS-Influenza Financial Services- YPF a través del contagio del nuevo virus del dengue), produce una explosión de su fuerza interior que desconocía, despierta en él un instinto *sobrehumano* que decide seguir para vengar a su madre y, desde un completo desconocimiento, se convierte en el brazo ejecutor capitalista de las transnacionales y las posiciona en la cúspide del monopolio de las virofinanzas.

Así, enardecida como quien descubre una verdad que acoquina, la niña dengue se abalanzó sobre el cuerpo desnudo hasta los tobillos del Dulce, quien rodó por la arena. [...] la niña dengue, como quien ofrece un sacrificio a su divinidad, elevó con el pico las vísceras del Dulce, limpias y azules, en dirección al sol. [...] Una vez que la niña tomó hasta la última gota del ya flamante cadáver, remató, como quien hace un chiste malísimo que nadie estaba esperando: ¡Estaba dulce el Dulce! (Nievas, 26:27)

Otra cuestión importante que surge de la novela es lo concerniente a los mundos virtuales que recorren los imaginarios de la ciencia ficción mediante los juegos de realidad virtual; en este caso, y con una carga simbólica importante, el juego *Cristianos vs. Indios*, reproducido en la “Pampatronics” o, en su versión económica, la “Pampatone”. A través de este videojuego se da cuenta de la producción de subjetividad, ya que constituye un medio en el cual se organizan las experiencias vitales de sus jugadores (niños de doce años). El Dulce elige el personaje del indio y René elige a un cristiano. Ambos se encuentran inmersos en un mundo virtual que recrea la colonización y las violencias ancestrales que perduran hasta el día de hoy.

Entonces, una vez que tomaron a los Cristianos por sorpresa, y una manada siseante de boleadoras cayó sobre sus caballos que tropezaron y los escupieron encabritados de la montura, los indios se arrojaron hacia ellos como flama. Apenas el Dulce se acercó y atravesó el cuello de un caído, y vio que su boca lanzaba lentos y jadeantes suspiros neumáticos como un pescado que en tierra hace O y O. (Nievas, 97)

Estas experiencias recrean la violencia que se traslada a la realidad. De esa forma, y con una mirada que se posiciona desde las epistemologías del sur, se sincroniza el pasado y el futuro, como forma de entender el presente. Estas violencias ancestrales se repiten a lo largo de la historia, como un virus que se activa o desactiva. Se reproducen desde la colonización, en la perpetuación de la dicotomía civilización vs. barbarie, la violencia, y en términos de Foucault, la deshumanización de los cuerpos, de la que fue y continúa siendo víctima Latinoamérica.

Conclusión

En la novela *La infancia del mundo* salen a la luz temáticas contemporáneas que invitan a reflexionar acerca del mundo en el cual vivimos, desde una perspectiva de la literatura cyberpunk latinoamericana. Una historia que, desde la inocencia de la infancia, resulta extremadamente significativa la representación de un mundo distópico y el modo de vivir en él, porque los niños generalmente tienen toda la vida por delante, pero los personajes de esta novela no, se encuentran atrapados en un mundo que colapsa y en el cual ya no hay un futuro.

Hacer visible lo que nos es vedado, ser capaces de rememorar nuestra historia autóctona, y de esa forma construir una visión crítica acerca del presente. Un corrimiento de la centralidad conocida que permita la elaboración de un futuro, no utópico, pero al menos en armonía con el mundo y todos los seres que lo habitan. Pensar en la trascendencia del capitalismo cuando el mundo que conocemos ya no exista, porque lo destruimos.

Promover el fin de la violencia de los cuerpos, de los territorios, de las mentes, que permita una apertura a la aceptación e inclusión de todos esos Otros que han sido excluidos, de los residuos, de los monstruos y los cyborgs. De esa forma, imposibilitar a los sistemas de poder capitalistas, la utilización de las personas y la rentable producción de los Otros, para reproducirse a sí mismos. Toda una problemática posmoderna que es plasmada bajo la forma de una novela que promueve una reflexión crítica, filosófica y social acerca del presente del mundo en el que vivimos.

Bibliografía citada

Bauman, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Paidós, Barcelona, 2004.

Braidotti, Rosi. *Lo posthumano*. Gedisa, Barcelona, 2015.

Butler, Judith. *Los sentidos del sujeto*. Herder, Barcelona, 2021.

De Leone, Lucía. *Modelo para armar: la pampa gore y cibernética del siglo XXI*.

Dussel, Enrique. *Hacia una filosofía política crítica*. Docencia, Buenos Aires, 2001.

Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Siglo Veintiuno, Madrid, 1998.

---. *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

Haraway, Donna. *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra, Madrid, 1995.

Moraña, Mabel. *El monstruo como máquina de guerra*. Iberoamericana, Madrid, 2017.

Nieva, Michel. *La infancia del mundo*. Anagrama, Barcelona, 2023.

Ramírez Gutiérrez, Esmeralda. "Cyberpunk: Crítica de la sociedad posmoderna en La primera calle de la Soledad." *Rev. Mitologías Hoy*, vol. 27, diciembre 2022, pp.129-144.